

Manuel González Prada y la cuestión indígena*

Por Carlos ARROYO REYES

*Centro de Estudios y Trabajo "América Latina",
Upsala, Suecia*

MANUEL GONZÁLEZ PRADA NACE EN LIMA, allá en 1844, en el seno de una aristocrática familia de doble origen español que es muy católica y tradicional. Siendo niño emigra con su familia a Chile y se educa en el Colegio Inglés de Valparaíso, donde, además de esa lengua, aprende francés y alemán. En 1858, después que su familia retorna a Lima, es internado en el Seminario Eclesiástico de Santo Toribio de Mogrovejo, pero, al cabo de tres años, se fuga y se matricula en un colegio laico. En 1862, para satisfacer en algo el anhelo de sus padres, ingresa a la Universidad de San Marcos con la finalidad de seguir estudios en derecho, pero los abandona al año siguiente. Posteriormente, empieza a publicar poemas y artículos periodísticos. Por 1868, recorre a caballo la sierra central de Perú y descubre algunos de los males —la ignorancia, el atraso, la explotación inhumana— que va a denunciar más tarde. Entre 1871 y 1879, vive en Tútume, una de las haciendas de su familia, ubicada en Mala, al sur de Lima. Allí se dedica a las actividades agrícolas, disfruta del contacto bucólico con la naturaleza y lee con fruición a Hugo, Goethe, Schiller, Heine, Gracián, Quevedo y Omar Khayam.¹

Por ese entonces, González Prada no hace vida pública pero simpatiza con el gobierno de Manuel Pardo (1872-1876) y hasta participa en la fundación y las actividades del Club Literario de Lima, que es animado por el ala intelectual del Partido Civil.² Si a algo parece destinado es a ocupar un lugar más o menos decoroso en el firmamento del alicaído romanticismo peruano, pues los poemas que pergeña despiertan cierto interés y hasta son recogidos en la antología *El Parnaso peruano* (Valparaíso, 1871), del chileno José Domingo Cortés. Lo único que en cierta forma prefigura al González Prada de la posguerra

* Este ensayo forma parte del libro *Como ayer: memoria, sociedad y cultura en el Perú del siglo xx*, en prensa.

¹ José Miguel Oviedo, *Historia de la literatura hispanoamericana 2 del Romanticismo al Modernismo*, Madrid, Alianza Universidad, 1997, p. 271

² Efraín Kristal, "Problemas filológicos e históricos en *Páginas libres* de González Prada", *Revista de crítica literaria latinoamericana* (Lima), núm 23 (primer semestre de 1986), pp. 144-145

con Chile (1879-1883) son algunas de las “baladas peruanas”, como “La cena de Atahualpa”, “Las flechas del inca” y “El mitayo”, que entre 1871 y 1875 publica en *El Correo del Perú*. La última de estas baladas, que recrea poéticamente el diálogo que un mitayo a punto de partir sostiene con su hijo, termina con estos versos:

—¿Cuándo el pecho de los blancos piadoso y tierno será?
 —Hijo, el pecho de los blancos
 no se conmueve jamás.³

Luis Alberto Sánchez, que es el autor que más ha estudiado a González Prada, considera que algunas de estas “baladas peruanas” —“El mitayo”, sobre todo— son algo así como el solfeo de la nueva sociología indigenista que será posteriormente desarrollada.⁴

Después que estalla la guerra con Chile y cuando el ejército peruano está a punto de colapsar, González Prada se alista en el batallón de Reserva número 50, es destinado a una guarnición encargada de la batería instalada en el Cerro del Pino y se bate en la fracasada defensa de Lima. En los “reductos” —que es como en ese entonces se llama a las defensas peruanas—, al igual que algunos de sus coetáneos mestizos y blancos, González Prada descubre que la Colonia perdura a través del centralismo excesivo y absorbente de la capital, comprueba que Perú no se reduce exclusivamente a Lima, constata el aporte de las provincias y, lo que es fundamental, termina de apreciar el valor y la vitalidad del indio.⁵ Paralelamente, presencia otro hecho que impacta decisivamente en su conciencia, lo hiere en lo más íntimo de su ser y acaba por volverlo contra la clase social a la que pertenece: el cobarde y vergonzoso comportamiento que asumen algunos de los miembros de las familias más acaudaladas de Lima cuando se enteran que las tropas chilenas han desembarcado en Pisco y se aprestan a atacar la capital. Se trata de algo que González Prada nunca va a perdonar ni dejar de enrostrar a la aristocracia peruana. Por eso, todavía a comienzos de 1915, en el recuerdo personal sobre la guerra con Chile que publica en el diario *La Capital*, continúa denunciando la deplora-

³ Manuel González Prada, *Baladas peruanas*, en *Obras*, prólogo y notas de Luis Alberto Sánchez, Lima, Copé, tomo III, vol. 5, 1988, p. 459

⁴ Luis Alberto Sánchez, *Nuestra vida son los ríos Historia y leyenda de los González Prada*, Lima, Fundación del Banco de Comercio, 1986, p. 67.

⁵ Luis Alberto Sánchez, “Nuestro ‘año terrible’”, *Nueva Revista Peruana* (Lima), núm. 1 (1º de octubre de 1929), en *Escafandra, lupa y atalaya*, 2ª ed., Lima, Banco Industrial del Perú, 1986, pp. 108 y 110

ble conducta que ante las tropas chilenas exhibe una parte de la clase dominante peruana:

Oficiales y soldados —recuerda— fuimos muy exactos en asistir al ejercicio mientras parecía dudoso el ataque a la ciudad; pero desde el día que los invasores desembarcaron en Pisco, el animoso entusiasmo de los reservistas empezó a decaer y siguió decayendo hasta degenerar en un amilanamiento indecoroso. Abundaban los rostros pálidos y las voces temblorosas. Los primeros en amilanarse fueron las *personas decentes*; ellas, con sus figuras patibularias y sus comentarios fúnebres, sembraron el desaliento en el ánimo de las clases populares. Difundido el miedo y perdida la vergüenza, los hombres se guarecían en conventos, en las legaciones y en sus propias casas. Hubo necesidad de traerlos a la fuerza.⁶

Durante los tres años que dura la ocupación chilena, González Prada vive encerrado en la casa de su familia, ubicada en la calle La Merced, frente al convento e iglesia del mismo nombre, y se niega a salir de ella para no encontrarse con los invasores. En este tiempo se dedica a leer y escribir y, sobre todo, a meditar sobre las causas de la derrota del 79. La forma en como finaliza este retiro o especie de luto por la derrota de Perú es contada por el propio González Prada en uno de sus escasos textos autobiográficos:

Me encerré y no salí de mi casa ni me asomé a la calle —recuerda— mientras los chilenos ocupaban Lima. Cuando supe que la habían abandonado, quise dar una vuelta por la ciudad. Pues bien, a unos cincuenta metros de mi casa me encontré con un oficial chileno: había sido mi condiscípulo, mi mejor amigo en un colegio de Valparaíso. Al verme, iluminó su cara de regocijo, abrió los brazos, y se dirigió a mí con la intención de abrazarme. Yo seguí mi camino como si no lo hubiera reconocido.⁷

Tras el desastre nacional de la Guerra del Pacífico, González Prada rompe definitivamente con la clase social a la que pertenece, irrumpe en la escena pública, funda el Círculo Literario con Luis E. Márquez, Germán Leguía y Martínez, Carlos Germán Amézaga, Abelardo Gamarra y otros intelectuales e impulsa la constitución de la Unión Nacional, partido de tendencia radical. Así, como dice José Miguel Oviedo, González Prada se convierte en el más corrosivo agitador de la conciencia nacional, del sentimiento antichileno (lo que se ha llamado su “revanchismo”) y del ataque frontal a todo el *establishment* perua-

⁶ Manuel González Prada. “Impresiones de un reservista”, *La Capital* (Lima), 1915. en *El tonel de Diógenes*, México, FCE, 1945, pp. 32-33. Las cursivas son del autor

⁷ *Ibid*, pp. 38-39.

no: el ejército, el clero, las clases dirigentes, los intelectuales conformistas.⁸ Este temperamento se refleja en los principales discursos y artículos que escribe entre 1885 y 1891 y después recopila en *Páginas libres* (1894), su primer libro. Son los años en que González Prada no sólo esgrime el más ardiente y visceral de todos los revanchismos y habla que Perú debe prepararse para una guerra que permita recuperar los territorios arrebatados por Chile, sino también lanza los peores anatemas que hasta ese momento se habían pronunciado contra la clase dominante peruana.

Algunas veces, respirando por la herida de la guerra del 79, la ocupación militar chilena y la pérdida de territorios peruanos, González Prada clama furiosamente por la revancha y la crítica de las armas:

Tenderemos la mano al vencedor —dice en un texto de 1890—, después que una generación más varonil y más aguerrida que la generación presente haya desencadenado sobre el territorio enemigo la tempestad de asolación que Chile hizo pasar sobre nosotros, después que la sangre de sus habitantes haya corrido como nuestra sangre, después que sus campos hayan sido talados como nuestros campos, después que sus poblaciones hayan ardiendo como nuestras poblaciones. Entre tanto, nada de insultos procaces, de provocaciones insensatas ni de empresas aventuradas o prematuras; pero tampoco nada de adulaciones y bajezas, nada de convertirse los diplomáticos en lacayos palaciegos, ni los presidentes de la República en humildes caporales de Chile. Vamos creciendo lentamente, ocultamente, como el banco de corales en las inmensidades del océano. En la escuela, en el taller, en el cuartel, en el hogar, en todas partes, sembremos grano a grano la buena semilla. Acumulemos gota a gota el deseo de la revancha; y cuando las gotas hayan formado un mar y tenga fuerza nuestro brazo y esté cultivada nuestra inteligencia entonces cumplamos con nuestro deber [...] El funeral digno de Grau y Bolognesi le celebraremos mañana, es decir, le celebrará la generación gloriosa que gane a Chile la batalla campal que nos devuelva Arica y Tacna, Iquique y Tarapacá.⁹

En otras oportunidades, González Prada critica duramente a los que condujeron el Estado peruano durante los años de la guerra —el general Mariano Ignacio Prado y Nicolás de Piérola, sobre todo—, a los que ve como los principales responsables del desastre nacional en la Guerra del Pacífico:

⁸ Oviedo, *Historia de la literatura hispanoamericana*, p. 273.

⁹ Manuel González Prada, *Páginas libres/Horas de lucha*, prólogo y notas de Luis Alberto Sánchez, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1976, p. 59

Necesitábamos —sostiene en otro texto de 1885— el sacrificio de los buenos y humildes para borrar el oprobio de los malos y soberbios. Sin Grau en la Punta de Angamos, sin Bolognesi en el Morro de Arica ¿tendríamos derecho de llamarnos nación? ¡Qué escándalo no dimos al mundo, desde las ridículas escaramuzas hasta las inexplicables dispersiones en masa, desde la fuga traidora de los caudillos hasta las sediciones bizantinas, desde las maquinaciones subterráneas de los ambiciosos vulgares hasta las tristes arlequinadas de los héroes funambulescos!¹⁰

Pensando justamente en Prado, Piérola y toda la clase política peruana en general, González Prada llega a acuñar esa frase tan lapidaria, brutal y feroz que durante la guerra con Chile el Perú no sólo derrama la sangre, sino también exhibe la lepra:

En la guerra con Chile —dice—, no sólo derramamos la sangre, exhibimos la lepra. Se discupa el encalle de una fragata con tripulación novel y capitán atolondrado, se perdona la derrota de un ejército indisciplinado con jefes ineptos y cobardes, se concibe el amilanamiento de un pueblo por los continuos descalabros en mar y tierra; pero no se disculpa, no se perdona ni se concibe la reversión del orden moral, el completo desbarajuste de la vida pública, la danza macabra de polichinelas con disfraz de Alejandro y Césares.¹¹

Sin embargo, en *Páginas libres*, González Prada no se limita a clamar por la revancha contra Chile o criticar a la clase dominante peruana por su egoísmo, incapacidad y cobardía, sino también tiene la lucidez suficiente para superar las contingencias de su tiempo, ver los problemas de la reconstrucción nacional y hasta adelantarse a su época. Esta situación se aprecia nítidamente cuando busca a las fuerzas sociales que pueden contribuir a superar el marasmo y la frustración nacional, discute la cuestión de la renovación modernizadora de la cultura y las letras en Perú y define el papel que el indio tiene dentro de lo que debe ser la nación peruana, que es el tema que aquí nos interesa. Así, en el mismo texto donde fustiga a la clase dominante peruana por sus ridículas escaramuzas, las inexplicables dispersiones en masa, la fuga traidora de sus caudillos, sus maquinaciones subterráneas o las tristes arlequinadas de sus héroes funambulescos, González Prada no sólo llega a diferenciar que “el Perú de 1879” es Grau y Bolognesi y no Prado o Piérola, sino también sabe reconocer que un pueblo que es capaz de

¹⁰ *Ibid.*, p. 41

¹¹ *Ibid*

engendrar a héroes de la estirpe de Grau o Bolognesi no está muerto ni completamente degenerado:

En el grotesco y sombrío drama de la derrota —afirma—, surgieron de cuando en cuando figuras luminosas y simpáticas. La guerra, con todos sus males, nos hizo el bien de probar que todavía sabemos engendrar hombres de temple viril. Alentémonos, pues: la rosa no florece en el pantano, y el pueblo en que nacen un Grau y un Bolognesi no está muerto ni completamente degenerado.¹²

Otra de las cuestiones que le preocupa al González Prada de la posguerra con Chile es el hecho que el colonialismo todavía subsista a través de la servil imitación de la literatura española y que esta dependencia no sólo redunde en la producción de malos segundones de Zorrilla, sino incluso impida que el progreso ponga su marca en la literatura de Perú. Por eso, en su “Conferencia en el Ateneo de Lima” (1886), llama a romper con la literatura de la España ultramontana y conservadora y volver la mirada hacia la literatura de otros países europeos más libres y democráticos:

Dejemos —dice— las andaderas de la infancia y busquemos en otras literaturas nuevos elementos y nuevas impulsiones. Al espíritu de naciones ultramontanas y monárquicas prefiramos el espíritu libre y democrático del siglo. Volvamos los ojos a los autores castellanos, estudiemos sus obras maestras, enriquezcamos su armoniosa lengua; pero recordemos constantemente que la dependencia intelectual de España significaría para nosotros la indefinida prolongación de la niñez.¹³

El tipo de apertura que González Prada fomenta en la “Conferencia en el Ateneo de Lima” se observa especialmente en su obra poética, ya que en *Minúsculas* (1901), *Presbiterianas* (1909) o *Exóticas* (1911) no sólo se percibe la huella de autores castellanos como Calderón, Quevedo, Luis de León o Góngora, sino también se descubre el influjo de autores alemanes, ingleses y franceses como Shelley, Goethe, Schiller, Heine, Byron, Hugo, Verlaine, Leconte de Lisle, Catulle Mendès, Laforgue o Théodore de Banville.¹⁴

Pero además de destacar la imperiosa necesidad de romper con la dependencia intelectual de la España ultramontana y conservadora y

¹² *Ibid.*, pp. 37 y 41

¹³ *Ibid.*, p. 17.

¹⁴ Sánchez, *Nuestra vida son los ríos*, pp. 431-432, Oviedo, *Historia de la literatura hispanoamericana*, p. 278.

abrirse a los nuevos impulsos de las literaturas de otros países europeos como Alemania, Inglaterra o Francia. González Prada también llega a formular algunas propuestas sobre el problema de lo nacional en la literatura peruana. Aunque esta cuestión aparece atravesada por el debate en tomo al “americanismo”—tan en boga por esos años—, no deja de asombrar cómo González Prada, yendo más allá de los cánones impuestos por el romanticismo, puede divisar que la nacionalidad de un escritor se funda no tanto en la copia fotográfica del escenario como en la sincera expresión del yo y la exacta figuración del medio social:

Los literatos del Indostán —dice en otra parte de la “Conferencia en el Ateneo de Lima”— fueron indostánicos, los literatos de Grecia fueron griegos, los literatos de América y del siglo XIX seamos americanos y del siglo XIX. Y no tomemos por americanismo la prolija enumeración de nuestra fauna y de nuestra flora o la minuciosa pintura de nuestros fenómenos meteorológicos en lenguaje saturado de provincialismos ociosos y rebuscados. La nacionalidad del escritor se funda, no tanto en la copia fotográfica del escenario (casi el mismo de todas partes), como en la sincera expresión del yo y en la exacta figuración del medio social.¹⁵

No obstante, lo más trascendente e imperecedero del González Prada de la posguerra con Chile es la forma en como reivindica el aporte del indio en la solución del problema nacional. Reflexionando sobre lo ocurrido en el 79, González Prada discute inicialmente este asunto en términos de lo que ahora los militares y los geopolíticos llaman defensa o seguridad nacional:

Con los ejércitos de indios indisciplinados y sin libertad —dice en su famoso “Discurso en el Politeama” (1888), el Perú irá siempre a la derrota. Si del indio hicimos un siervo, ¿qué patria defenderá? Como el siervo de la Edad Media, sólo combatirá por el señor feudal [...] Por eso, cuando el más oscuro soldado del ejército invasor no tenía en sus labios más nombre que Chile, nosotros, desde el primer general hasta el último recluta, repetíamos el nombre de un caudillo, éramos siervos de la Edad Media que invocábamos al señor feudal.¹⁶

Pero, a pesar de moverse sobre los goznes del revanchismo y la defensa de la patria, González Prada llega a ver que los indios, y no tanto los criollos y los extranjeros que viven en la costa, son los que constituyen el verdadero Perú:

¹⁵ Manuel González Prada, *Páginas Libres/Horas de lucha*, pp. 17-18.

¹⁶ *Ibid.*, pp. 44-45.

No forman —sostiene en otra parte del “Discurso en el Politeama”— el verdadero Perú las agrupaciones de criollos y extranjeros que habitan la faja de tierra situada entre el Pacífico y los Andes, la nación está formada por las muchedumbres de indios diseminadas en la banda oriental de la cordillera.¹⁷

A partir de estos criterios, González Prada denuncia cómo la República, olvidando las trágicas lecciones de la guerra con Chile, no sólo se empeña en mantener las mismas condiciones de opresión y servidumbre que pesan sobre el indio desde la época de la dominación española, sino incluso las ha empeorado hasta estar a punto de matar en él la esperanza:

El *substratum* nacional o el indio dice en “Propaganda y ataque” (1888)— permanece como en tiempo de la dominación española: envuelto en la misma ignorancia y abatido por la misma servidumbre, pero si no siente la vara del Corregidor, gime bajo la férula de la autoridad o del hacendado, si no paga tributo en oro, da contribución en carne; si no muere en la mina, sucumbe en los campos de batalla. Hasta vamos haciendo el milagro de matar en él lo que rara vez muere en el hombre: la esperanza.¹⁸

Simultáneamente, González Prada clama por la alfabetización del indio, pues está convencido que se le puede redimir de esta manera:

Trescientos años ha —afirma en su “Discurso en el Politeama”, un poco obnubilado por las ideas de la Ciencia y la Razón— que el indio rastrea en las capas inferiores de la civilización, siendo un híbrido con los vicios del bárbaro y sin las virtudes del europeo: enseñadle siquiera a leer y escribir, y veréis si en un cuarto de siglo se levanta o no a la dignidad del hombre.¹⁹

Con el tiempo, él mismo se va a encargar de refutar la idea un tanto positivista que a través de la lectura y la escritura se puede elevar la dignidad del indio.

En 1891, González Prada abandona Lima y viaja a Europa con su esposa Adriana de Verneuil. La mayor parte de los siete años que permanece en Europa los pasa en París, donde nace su hijo Alfredo. Por esos años frecuenta a Renan, acude a escuchar las lecciones de Filosofía Positiva que Louis Ménard dicta en el Collège de France, asiste a los sepelios de Guy de Maupassant y Leconte de Lisle —uno de sus poetas preferidos— y se hace amigo de Gaston da Costa, anti-

¹⁷ *Ibid.*, pp. 45-46

¹⁸ *Ibid.*, pp. 107-108

¹⁹ *Ibid.*, p. 46

guo comunista que había hecho sus primeras armas cuando tenía apenas veinte años, siendo secretario del célebre Raoul Rigault, el jefe de la Comuna de París en 1871.²⁰ Por ese entonces, también profundiza sus conocimientos sobre poesía parnasiana y descubre el socialismo humanista y el anarquismo en las obras de Proudhon, Bakunin y Kropotkin.

En 1894, la casa Paul Dupont de París imprime los dos mil ejemplares de *Páginas libres*, el primer libro de González Prada. Cuando esta obra llega a Perú provoca un verdadero escándalo en los círculos eclesiásticos y oficiales. Mientras en la capital muchos de los conservadores ponen el grito en el cielo y claman para que González Prada sea excomulgado por la Iglesia católica —medida que no se llega a concretar debido a las gestiones de sus familiares ante el arzobispo de Lima—, en Arequipa se llega al extremo de quemar su efigie en plena plaza pública. Pero, a pesar de la terca oposición del conservadurismo y el clericalismo, *Páginas libres* llega a circular por todo Perú, pues sus amigos y correligionarios no sólo acogen calurosamente el libro, sino también se encargan de distribuirlo en el interior. Tal como cuenta Adriana de Verneuil en su obra testimonial *Mi Manuel*:

Más de la mitad de la edición —dice— fue repartida, sobre todo en provincias, por manos de Abelardo M. Gamarra que junto con su *Integridad* lo hizo llegar hasta el último rincón del Perú. Allí fue donde mejor aceptaron esas nuevas ideas libertarias, entre las conciencias de esa gente honrada, aún no maleadas por los vicios y conveniencias de la capital.²¹

Después que empaqueta y despacha por correo gran parte de la edición de *Páginas libres*, González Prada abandona Francia y viaja a España, donde entra en contacto con los anarquistas catalanes. e dice que hacia 1896, cuando todavía anda por la Península Ibérica, González Prada hace amistad con Miguel de Unamuno, uno de los máximos exponentes de la generación española del 98.²² Lo cierto, sin embargo, es que no existe ningún indicio concreto de que estos dos grandes hombres hayan llegado a encontrarse en la España de 1896. Por eso, cuando habla de *Páginas libres*, Unamuno no se refiere a ninguna relación personal con González Prada. Si el español puede leer este libro es porque un amigo suyo, un tal Barco, le presta el ejemplar que el peruano le había obsequiado cuando estuvo en España. Al

²⁰ Adriana de González Prada, *Mi Manuel*. Lima, Cultura Antártica, 1947, p. 205.

²¹ *Ibid.*, p. 212.

²² Oviedo, *Historia de la literatura hispanoamericana*, p. 273.

menos, eso es lo que el propio Unamuno le cuenta a Carlos Germán Amézaga en una carta que le envía el cuatro de septiembre de 1900:

De ahí —dice refiriéndose a la literatura peruana— apenas conozco más que a Palma y a un crítico, Prada, autor de unas *Páginas libres*, que me gustaron mucho, pero mucho. Es hombre de juicio serenísimo; sus estudios sobre Valera y Núñez de Arce, magistrales, y uno sobre la lengua y el catolicismo que me parecía estar oyéndome. Me lo dio un amigo mío Barco, que fue compañero suyo de casa, y a quien se lo regaló. Libro precioso, lo más sólido acaso que de crítica americana conozco.²³

La relación entre estos dos grandes hombres se inicia recién en 1900 y es de carácter epistolar. Se debe más que nada a la iniciativa de Unamuno, pero se interrumpe rápidamente cuando González Prada —que, además, no es muy dado a la epistolomanía— se resiste a responder una segunda carta del español, donde éste, dando rienda suelta a la galofobia que le caracteriza, las emprende contra los autores franceses porque “escriben con excesiva claridad”.²⁴ Sin embargo, el silencio del peruano no llega a mermar en lo más mínimo la gran admiración que Unamuno siente por *Páginas libres*. Así, en 1906, en un largo comentario sobre *Carácter de la literatura del Perú independiente* (1905), de José de la Riva-Agüero, el gran noventayochista español escribe lo siguiente:

Conozco —dice— pocos autores, americanos y no americanos, que remuevan más que Prada el espíritu de los que le leen. Su libro *Páginas libres* (París, 1894) es uno de los pocos, poquísimos libros americanos cuya lectura he repetido, y es uno de los pocos, poquísimos, de que me queda vivo recuerdo.²⁵

En 1898, después que retorna a Lima, González Prada funda sucesivamente los diarios *Germinal* y *El Independiente*, de corta vida, donde predica contra la política tradicional, el clericalismo y Nicolás de Piérola, que nuevamente se encuentra en el poder. En 1900 empieza a alejarse de la Unión Nacional, en tanto que ésta se acerca más y más al Partido Liberal, de Augusto Durand, y trata de insertarse en el *establishment*

²³ Miguel de Unamuno, *Epistolario americano (1890-1936)*, Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca, 1996, p. 94

²⁴ Alfredo González Prada, “Manuel González Prada recuerdos de un hijo”, *Books Abroad*, Oklahoma (verano de 1943), en *El tonel de Diógenes*, pp. 16-17

²⁵ Miguel de Unamuno, “Algunas consideraciones sobre la literatura hispanoamericana. A propósito de un libro peruano”, *La Lectura* (Madrid), núms. 69 y 70 (septiembre y octubre de 1906), en *Ensayos*, 3ª edición, tomo I, Madrid, Aguilar, 1951, p. 873

que dice enfrentar. Dos años después, argumentando que no acepta una política de genuflexiones y acatamientos ante conservadores y ultramontanos, González Prada renuncia a la Unión Nacional. Lo hace mediante una carta pública que el 11 de abril de 1902 aparece en *La idea libre*, el diario que dirige Glicerio Tassara, un descendiente de anarquistas italianos afincado en Perú.²⁶ Desde ese momento, los mejores amigos de González Prada serán obreros cultos, artesanos, maones, escritores insatisfechos, estudiantes universitarios y algunos inmigrantes europeos como Emilio Sequi, Eduardo Lavergne o Christian Dam, su traductor al italiano.²⁷

Después que rompe con la Unión Nacional, González Prada desarrolla una intensa actividad de “propaganda y ataque”, pues, al igual que Henrik Ibsen, está convencido de que “una sola cosa vale la pena: revolucionar las almas”.²⁸ Así, asiste a la tribuna de la Loggia Stella d’Italia, que preside Pedro Solari, y dicta conferencias como “Las esclavas y la Iglesia” o “Italia y el Papado”. También habla cuando se lo piden en la Federación de Obreros Panaderos, que dirige Delfín Lévano, y pergeña discursos de la trascendencia de “El intelectual y el obrero”. Estos materiales, conjuntamente con otros discursos y artículos que escribe luego de su retomo de Europa, como “Los partidos y la Unión Nacional” o “Librepensamiento en acción”, son recogidos posteriormente en el libro *Horas de lucha* (1908), en lo que viene a ser tanto una exposición de algunas de las ideas rectoras del librepensamiento como una suerte de *collage* del *establishment* peruano de la época. aristócratas, conservadores, liberales, curas, magistrados, legisladores, periodistas, licenciados Vidriera etcétera.

Por ese entonces, González Prada también colabora activamente con *Los Parias* (1904-1909), la publicación con la que el anarquismo logra anclar definitivamente en Perú, y escribe una serie de trabajos donde aparece como un convencido partidario de las teorías de Proudhon, Bakunin, Kropotkin, Faure o Reclus. Si alguna idea-fuerza orienta ahora su pensamiento es aquella que considera que el ideal anárquico se puede resumir en dos grandes líneas: la libertad ilimitada y el mayor bienestar posible del individuo, con la abolición del Estado y la propiedad individual.²⁹ Este temperamento se refleja tanto en los artículos de carácter social como en los poemas y epigramas que asiduamente envía a este periódico anarquista. La mayoría de estos tra-

²⁶ Sánchez, *Nuestra vida son los ríos*, p. 250

²⁷ *Ibid.*, p. 424

²⁸ Bruno Podestá, *Pensamiento político de González Prada*, Lima, INC, 1975, p. 75.

²⁹ Manuel González Prada, *Anarquía*, Santiago, Ercilla, 1936, pp. 12-13

bajos aparecen en forma anónima o son firmados con pseudónimo o siglas (“Luis Miguel”, “L.M.”, “S.D.” o “D.S.”). El hecho mismo que estos textos posteriormente hayan sido reunidos en cuatro libros —*Anarquía* (1936) y *Prosa menuda* (1941) por un lado y *Presbiterianas* (1909) y *Libertarias* (1938) por el otro— da una idea del empeño y la constancia que González Prada pone al momento de colaborar en *Los Parias*.

Pero la adopción del anarquismo no lleva a que González Prada se olvide de la cuestión indígena, sino contribuye a que la vea en términos económicos y sociales y termine de comprender su importancia. Esta situación se aprecia con mucha claridad en su ensayo “Nuestros indios”, que escribe en 1904 —por la misma época en que empieza a colaborar en *Los Parias*—, pero recién es publicado en 1924, en la segunda edición de *Horas de lucha*. En realidad, es más en “Nuestros indios”, que en el “Discurso en el Politeama” donde el apóstol del anarquismo en Perú arriba a una serie de conclusiones que cambian radicalmente el planteamiento de la cuestión del indio en la literatura sociológica peruana. Así, en este texto de 1904, González Prada afirma que, en términos morales, el indígena de la República resulta inferior al indígena que hallan los conquistadores españoles:

La organización política y social del antiguo imperio incaico —dice— admira hoy a reformadores y revolucionarios europeos. Verdad, Atahualpa no sabía el Padrenuestro ni Calcuchima pensaba en el misterio de la Trinidad; pero el culto del Sol era quizá menos absurdo que la Religión católica, y el gran Sacerdote de Pachacamac no vencía tal vez en ferocidad al padre Valverde. Si el súbdito de Huaina-Cápac admitía la civilización, no encontramos motivo para que el indio de la República la rechace, salvo que toda la raza hubiera sufrido una irremediable decadencia fisiológica. Moralmente hablando, el indígena de la República se muestra inferior al indígena hallado por los conquistadores.³⁰

Nótese cómo aquí, al subrayar que la organización política y social del antiguo imperio incaico es algo que causa mucha admiración entre los reformadores y revolucionarios europeos de ese entonces, González Prada aparece como uno de los primeros difusores de la tesis del “comunismo incaico”, que tanta acogida va a tener entre los anarquistas y los indigenistas peruanos.

Más adelante, desarrollando una idea que ya había expuesto en *Páginas libres*, González Prada insiste en que los sufrimientos del indio han empeorado durante la República:

³⁰ González Prada, *Páginas libres/Horas de lucha*, pp. 340-341

Bajo la República ¿sufre menos el indio que bajo la dominación española? Si no existen corregimientos ni encomiendas, quedan los trabajos forzados y el reclutamiento. Lo que le hacemos sufrir basta para descargar sobre nosotros la execración de las personas humanas. Le conservamos en la ignorancia y la servidumbre, le envilecemos en el cuartel, le embrutecemos con el alcohol, le lanzamos a destrozarse en las guerras civiles y de tiempo en tiempo organizamos cacerías y matanzas como las de Amantani, Ilave y Huanta [...] Los realistas españoles mataban al indio cuando pretendía sacudir el yugo de los conquistadores, nosotros los republicanos nacionales le exterminamos cuando protesta de las contribuciones onerosas, o se cansa de soportar en silencio las iniquidades de algún sátrapa.³¹

Al llegar a este punto, González Prada concluye en que Perú no es una república democrática porque todavía subsiste el imperio de los hacendados y los gamonales y aún viven fuera de la ley los dos o tres millones de indios que conforman la mayoría de la población nacional:

Nuestra forma de gobierno —afirma enfáticamente— se reduce a una gran mentira, porque no merece llamarse república democrática un estado en que dos o tres millones de individuos viven fuera de la ley. Si en la costa se divisa un vislumbre de garantías bajo un remedo de república, en el interior se palpa la violación de todo derecho bajo un verdadero régimen feudal. Ahí no rigen Códigos ni imperan tribunales de justicia, porque hacendados y *gamonales* dirimen toda cuestión arrogándose los papeles de jueces y ejecutores de las sentencias. Las autoridades políticas, lejos de apoyar a débiles y pobres, ayudan casi siempre a ricos y fuertes. Hay regiones donde jueces de paz y gobernadores pertenecen a la servidumbre de la hacienda. ¿Qué gobernador, qué subprefecto ni qué prefecto osaría colocarse frente a un hacendado?³²

Después de este análisis sobre cómo se ha deteriorado la condición de vida del indio durante la Colonia y la República, González Prada puede formular lo que es la mayor novedad de “Nuestros indios”. Así, un poco polemizando con lo que anteriormente sostiene en el “Discurso en el Politeama” acerca del papel de la alfabetización, afirma que la cuestión del indio, más que pedagógica, es económica, es social:

Nada —dice— cambia más pronto ni radicalmente la psicología del hombre que la propiedad; al sacudir la esclavitud del vientre, crece en cien palmos. Con sólo adquirir algo, el individuo asciende algunos peldaños en la escala

³¹ *Ibid.*, pp. 338-339.

³² *Ibid.*, p. 339

social, porque las clases se reducen a grupos clasificados por el monto de la riqueza. A la inversa del globo aerostático, sube más el que más pesa. Al que diga: la escuela, respóndasele: la escuela y el pan. La cuestión del indio, más que pedagógica, es económica, es social.³³

Aunque en “Nuestros indios” González Prada llega a interrogarse directamente sobre cómo se puede solucionar el problema indígena y descarta la posibilidad de una utópica restauración del Imperio de los Incas, primero como que duda acerca de cuál es la alternativa posible: convencer moralmente a los gamonales para que reconozcan el derecho de los indios, o incitar a los oprimidos para que se rebelen y escarmenten a sus opresores. Pero, al final, recordando los últimos versos del “El mitayo”, concluye en que todo blanco es un Pizarro o un Areche y que el indio se va a redimir por su propio esfuerzo y no por la humanización de sus opresores:

La condición del indio —dice— puede mejorar de dos maneras: o el corazón de los opresores se conduce al extremo de reconocer el derecho de los oprimidos, o el ánimo de los oprimidos adquiere la virilidad suficiente para escarmentar a los opresores. Si el indio aprovechara en rifles y cápsulas todo el dinero que desperdicia en alcohol y fiestas, si en un rincón de su choza o en el agujero de una peña escondiera un arma, cambiaría de condición, haría respetar su propiedad y su vida. A la violencia respondería con la violencia, escarmentando al patrón que le arrebata las lanas, al soldado que le recluta en nombre del Gobierno, al montonero que le roba ganado y bestias de carga [...] En resumen: el indio se redimirá merced a su esfuerzo propio, no por la humanización de sus opresores. Todo blanco es, más o menos, un Pizarro, un Valverde o un Areche.³⁴

La gran importancia que González Prada le sigue concediendo a la cuestión indígena se refleja también en los textos que escribe para *Los Peruanos*. Así, al lado de aquellos artículos donde aborda una serie de tópicos afines con el pensamiento ácrata (la anarquía, el libre pensamiento, la autoridad etc.), se encuentran otros relacionados con el problema del indio, como “Los verdaderos salvajes”, “La cuestión indígena” y “El problema indígena”. En estos trabajos, basándose en las importantes conclusiones a que arriba en su ensayo “Nuestros indios” insiste constantemente en que el problema nacional y permanente de Perú es la cuestión indígena.

³³ *Ibid.*, p. 342.

³⁴ *Ibid.*, p. 343

Así, a fines de 1905, después de criticar la forma tan hipócrita en que el gobierno de José Pardo habla sobre los indios, González Prada llama a tomar en serio la cuestión indígena:

Hay —dice— que repetir una verdad tan evidente como desalentadora: muy pocos toman a serio la cuestión indígena. ¿Quiénes leen *El Indio*? ¿Quiénes han leído *La raza indígena del Perú en los albores del siglo xx*? Sin embargo, ese periódico y esos dos folletos deberían estar en manos de todos, porque revelan que en la República se repite con los indios las mismas iniquidades que se perpetraban en el Virreinato. Hay una diferencia: los españoles usaban la hipocresía de la religión, nosotros usamos la hipocresía de la libertad.³⁵

Al referirse al periódico *El Indio* y al folleto *La raza indígena del Perú en los albores del siglo xx*, González Prada alude a Santiago Giraldo, uno de los precursores del indigenismo en Perú. Uno de los primeros que toma en sus manos los folletos que Giraldo publica anónimamente en 1903 y lo cita con fruición en sus propios trabajos es justamente el González Prada de “Nuestros indios”. Además, González Prada llega a colaborar con *El Indio* y publica anónimamente un artículo en defensa del sargento mayor de Caballería Teodomiro Gutiérrez Cuevas, que por ese entonces se desempeña como subprefecto de Chucuito y más tarde se convierte en el legendario Runi Maqui.³⁶

En noviembre de 1906, refiriéndose a los sucesos de Chucuito, González Prada explica que la cuestión indígena no es una crisis provincial y pasajera, sino un problema nacional y permanente:

No veamos [pues] en la cuestión indígena —dice otra vez desde las páginas de *Los Parias*— una crisis provincial y pasajera sino un problema nacional y permanente: los síntomas locales e intermitentes denuncian el mal de todo un organismo, no de un órgano aislado. Con mayor o menor crueldad, con más o menos hipocresía, todos los que ejercen el mando contribuyen a perpetuar el régimen de servidumbre. Caciques y gamonales de la sierra oprimen y explotan al indio; pero los encubridores o cómplices de gamonales y caciques están en las Cámaras Legislativas, en los Tribunales de Justicia y en los salones de Palacio. Este senador y este diputado, ese vocal de la Suprema y ese juez de Primera Instancia, aquel ministro y aquel prefecto, señores todos que parecen tan humanos y tan solícitos de amparar a los

³⁵ Manuel González Prada, “La cuestión indígena”, *Los Parias* (Lima), núm. 20, diciembre de 1905, en *Obras*, tomo III, vol. 4, 1986, pp. 289-290.

³⁶ Manuel González Prada, “Autoridad humana”, *El Indio* (Lima), 1905, en *ibid.*, pp. 287-290.

desamparados, son los mayores culpables, los más dignos de execración y desprecio.³⁷

Por la época en que colabora en *Los Parias*, González Prada también llega a interesarse por la situación de las comunidades de la Amazonía peruana y redacta un artículo a propósito de los desmanes que la "Inca Rubber" y los caucheros perpetran en Loreto y Madre de Dios. En este trabajo, después de denunciar que los caucheros son una amalgama del corregidor y del negrero y enumerar algunos de sus crímenes y tropelías, González Prada escribe:

Al leer semejantes abominaciones, todo hombre medianamente racional se pregunta: ¿quiénes merecen el título de salvajes: los indios bravos que habitan en los bosques o los blancos y mestizos que van a civilizarles? Cuando los españoles vinieron a sembrar la civilización entre los Incas, resultó que los súbditos de Carlos V eran moralmente inferiores a los descendientes de Manco Cápac: hoy está sucediendo que nuestros emisarios y colonos en el Madre de Dios se muestran más salvajes que los guarayos y los campos.³⁸

González Prada fallece en 1918. Un año antes, en una entrevista que le hace Félix del Valle, afirma que se había convencido de que toda lucha por ideas era estéril en un medio como el peruano.³⁹ No era cierto. Por lo menos, las cosas no fueron así con relación a sus ideas sobre la redención económica y social del indio, que llegan a calar muy hondo en el espíritu de los intelectuales y los obreros de vanguardia y contribuyen decisivamente a la formación de todo ese ambiente de renovación política y cultural que desemboca en el indigenismo de la década de 1920.

³⁷ Manuel González Prada, "El problema indígena", *Los Parias* (Lima), núm. 30, noviembre de 1906, en *ibid.*, p. 328.

³⁸ Manuel González Prada, "Los verdaderos salvajes", *Los Parias* (Lima), núm. 19, noviembre de 1905, en *ibid.*, pp. 284-285

³⁹ Félix del Valle, "Nuestros grandes prestigios. Entrevista con Manuel González Prada", *Revista de Actualidad* (Lima), núm. 3, julio de 1917, en *ibid.*, tomo III, vol. 7, 1989, p. 489